

plotar, los accionistas de mañana, que no podían pasar por delante de aquella gran lotería de la especulación sin volver la cabeza, deseando y temiendo lo que allí se hacía, ese misterio de las operaciones financieras, tanto más atractivo para los cerebros franceses, cuanto que son muy pocos de entre ellos los que lo penetran.

II

Después de su último y desastroso negocio de terrenos, cuando Saccard dejó su palacio del parque Monceaux, abandonándolo á sus acreedores, su primera idea fué refugiarse en casa de su hijo Máximo. Este, acaecida la muerte de su mujer, que dormía el último sueño en un pequeño cementerio de la Lombardía, ocupaba sólo un hotel de la avenida de la Emperatriz, donde había organizado su vida con sabio y feroz egoísmo; comiase allí la fortuna de la muerta sin cometer una falta, como mozo de salud débil, madurado precozmente por el vicio. Y sin vacilar negóse á recibir á su padre en su casa, para continuar viviendo los dos en buena armonía, según explicaba sonriendo maliciosamente.

Desde entonces Saccard pensó en otro retiro. Iba á alquilar una casita en Passy, un asilo burgués de comerciante retirado, cuando se acordó de que el piso bajo y el primer piso del hotel de

Orviedo, en la calle de San Lázaro, seguían desocupados, cerradas puertas y ventanas. La princesa de Orviedo, instalada en tres piezas del segundo desde la muerte de su marido, ni siquiera había hecho poner tablilla en la gran puerta cochera, invadida por la hierba. Una puerta baja, al otro extremo de la fachada, conducía al piso segundo por una escalera de servicio. Y á menudo, en relaciones de negocios con la princesa, en las visitas que la hacía, Saccard había mostrado asombro por el poco cuidado que ella ponía en los rendimientos de su finca. Pero la princesa movía la cabeza; tenía sus ideas sobre las cosas de dinero. Sin embargo, cuando él se presentó para alquilarla á su nombre, consintió inmediatamente, y le cedió, mediante un alquiler irrisorio de diez mil francos, aquel piso bajo y aquel primero de instalación regia que valían ciertamente el doble.

Se recordaba el fausto desplegado por el príncipe de Orviedo. Había venido de España en el período álgido de su inmensa fortuna, desembarcando en París en medio de una lluvia de millones, y compró é hizo reparar este hotel, mientras alzaba el palacio de mármol y de oro con que pensaba asombrar al mundo. La construcción databa del siglo pasado, una de esas casas de recreo levantadas en medio de vastos jardines por señores galantes; pero demolida en parte, reedificada con proporciones más severas, no había conservado de su parque de otros tiem-

pos más que un ancho patio rodeado de cuadras y de cocheras, que seguramente haría desaparecer la proyectada calle del Cardenal Fesch. El príncipe la había adquirido de la testamentaria de una señorita Saint-Germain, cuya propiedad se extendía en otro tiempo hasta la calle de los Tres Hermanos, la antigua prolongación de la calle Taitbout. Por lo demás, el hotel había conservado su entrada por la calle de San Lázaro, al lado de una gran construcción de la misma época, la Folie-Beauvilliers de otros tiempos, que los Beauvilliers ocupaban todavía después de una lenta ruina, poseyendo un resto de admirable jardín, magníficos árboles, condenados también á desaparecer en la próxima transformación del barrio.

En medio de su desastre llevaba Saccard tras sí una cola de criados, los restos de su numerosa servidumbre: un ayuda de cámara, un jefe de cocina y su mujer encargada de la ropa blanca, otra mujer que había quedado no se sabía para qué, un cochero y dos palafreneros; puso en las cuadras y en las cocheras dos caballos y tres carruajes, é instaló en el piso bajo un refectorio para sus gentes. Era hombre que no tenía quinientos francos contantes en su caja, pero que vivía con un tren de casa de dos ó trescientos mil francos por año. Así encontraba el modo de ocupar las vastas habitaciones del primer piso, los tres salones, las cinco alcobas, sin contar el inmenso comedor donde había una mesa para

cincuenta cubiertos. Allí era donde en otro tiempo abría una puerta que daba á la escalera interior, conduciendo al segundo piso, á otro comedor más pequeño; y la princesa, que había alquilado recientemente esta parte del segundo á un ingeniero, el señor Hamelin, un soltero que vivía con su hermana, se había limitado á hacer condenar la puerta con dos fuertes tornillos. Ella hacía uso, lo mismo que este inquilino, de la antigua escalera de servicio, mientras que Saccard disfrutaba él sólo la gran escalera. Este amuebló en parte algunas piezas con los despojos del parque Monceaux, dejó las otras vacías, y consiguió, sin embargo, dar vida á aquellos tristes y desnudos muros, de los que una mano obstinada parecía haber arrancado hasta los menores trozos de tapicería desde el día siguiente al de la muerte del príncipe. Y pudo comenzar de nuevo el sueño de una gran fortuna.

La princesa de Orviedo era á la sazón una de las curiosas fisonomías de París. Quince años antes se había resignado á casarse con el príncipe, á quien no amaba, obedeciendo á una orden formal de su madre la duquesa de Combeville. En dicha época, aquella joven de veinte años tenía una gran fama de belleza y de discreción, muy religiosa, un poco grave, aunque amando con pasión la sociedad. Desconocía las historias singulares que corrían acerca del príncipe, los orígenes de su regia fortuna, evaluada en trescientos millones, toda una vida de robos espan-

tosos, no al volver una esquina, á mano armada, como los nobles aventureros de otros tiempos, sino con toda la corrección del bandido moderno, á la luz del sol de la Bolsa, en el bolsillo del pobre mundo crédulo, entre las ruinas y la muerte. Allá en España, y aquí en Francia, el príncipe había sacado, durante veinte años, la parte del león en todas las grandes canalladas que se habían hecho legendarias. Aunque no sospechaba nada del lodo y de la sangre donde había amasado tantos millones, ella experimentó hacia él, desde el primer encuentro una repugnancia que su religiosidad no pudo vencer; y bien pronto se unió á aquella antipatía una rabia sorda y creciente por no haber tenido un hijo de aquel matrimonio realizado por obediencia. Le habría bastado la maternidad, porque adoraba los niños; y llegaba hasta el odio contra el hombre que después de haber desesperado á la amante ni siquiera podía contentar á la madre. Aquel fué el momento en que se vió á la princesa lanzarse en un lujo inaudito, cegar á París con el brillo de sus fiestas, llevar un fastuoso tren que las Tullerías envidiaban, según se decía. Bruscamente, después de la muerte del príncipe, herido por una apoplejía, el hotel de la calle de San Lázaro había caído en un silencio absoluto, en una oscuridad completa. Ni una luz, ni un ruido, las puertas y ventanas seguían cerradas, y corrió el rumor de que la princesa, en seguida de desamueblar violen-

tamente el piso bajo y el primero, se había retirado, como una reclusa, á tres pequeñas piezas del segundo con una antigua doncella de su madre, la vieja Sofía, que la había criado. Cuando reapareció, vestía un sencillo traje de lana negro y llevaba los cabellos ocultos bajo un fichú de encaje, linda y apetitosa siempre, con su frente estrecha, su graciosa cara redonda con dientes de perlas entre apretados labios, pero con la tez pálida, el rostro mudo, impregnado de una voluntad única, como una religiosa ya de largo tiempo enclaustrada. Acababa de cumplir treinta años, y desde entonces no vivió más que para inmensas obras de caridad.

La sorpresa fué grande en París y circularon toda clase de historias extraordinarias. La princesa había heredado la fortuna total, los famosos trescientos millones de que se ocupaban hasta las crónicas de los periódicos. Y la leyenda que corrió como cosa cierta era muy romántica. Una noche cuando la princesa iba á acostarse, un hombre, un desconocido vestido de negro, apareció de repente en la alcoba, sin que nunca se pudiera saber por qué puerta secreta había entrado, ni nadie supo lo que aquel hombre le había dicho; pero debió revelar el abominable origen de los trescientos millones, acaso exigiéndole el juramento de reparar tantas iniquidades si quería evitar horribles catástrofes. Y el hombre desapareció en seguida. Hacía cinco

años que se encontraba viuda, y, ya fuera por obedecer una orden ó más bien porque su honradez se hubiera sublevado al conocer el secreto de su fortuna, lo cierto es que no vivía más que en una ardiente fiebre de desprendimiento y de reparación. En aquella mujer que no había sido amante y que no había podido ser madre, todas las ternuras contenidas, sobre todo el amor abortado al niño, estallaban en una verdadera pasión por los pobres, por los débiles, los desheredados, los enfermos, aquellos de quienes ella creía detentar los millones robados, aquellos á quienes juraba restituirlos regiamente, en lluvia de limosnas. Desde entonces se apoderó de ella una idea fija, que entró en su cabeza como un clavo: consideróse únicamente como un banquero, en cuya casa los pobres habían depositado trescientos millones, para que fuesen empleados de la mejor manera; en adelante ya no fué más que un cajero, un hombre de negocios, viviendo en los números, en medio de un pueblo de notarios, de arquitectos y de obreros. Había instalado en otra parte una gran oficina con una veintena de empleados. En su casa, en sus tres pequeñas piezas, no recibía más que á cuatro ó cinco intermediarios, sus ayudantes; y pasaba allí los días, en su bufete, como un director de grandes contratas, aislada de los importunos, entre un montón de papeles que la cubrían. Su sueño era aliviar todas las miserias, desde el niño que sufre por haber nacido, hasta el viejo

que no puede morir sin sufrimientos. Durante aquellos cinco años, tirando el oro á puñados, había fundado, en la Villette, el Asilo de Santa María, con cunas blancas para los niños más pequeños y camas azules para los mayores, una vasta y clara instalación que frecuentaban ya trescientos niños; una casa para huérfanos en Saint-Mandé, el Asilo de San José, donde cien niños y cien niñas recibían una educación y una instrucción como la que se da en las familias burguesas; en fin, un asilo para viejos, en Chatillon, que podía admitir cincuenta hombres y cincuenta mujeres, y un hospital de doscientas camas en un arrabal, el hospital Saint-Marceau, cuyas salas acababan de ser abiertas. Pero su obra preferida, la que absorbía en aquel momento todo su corazón, era la Obra del Trabajo, una creación suya, una casa que debía reemplazar á la casa de corrección, donde trescientos niños, ciento cincuenta hembras y ciento cincuenta varones, recogidos en las calles de París, en el vicio y en el crimen, serían regenerados con buenos cuidados y con el aprendizaje de un oficio. Estas diversas fundaciones, dones considerables, una loca prodigalidad en la caridad, le habían consumido cerca de cien millones en cinco años. Algunos años más de aquella manera y quedaría arruinada, sin haberse reservado siquiera la pequeña renta necesaria para el pan y la leche conque vivía ahora. Cuando su anciana criada Sofia, saliendo de su continuo silencio, la reñía

con una frase severa, profetizándola que moriría en la calle, dibujábase en sus labios descoloridos una suave sonrisa, la única que apareció en ellos en adelante, una divina sonrisa de esperanza.

Precisamente con ocasión de la Obra del Trabajo fué como Saccard hizo el conocimiento de la princesa de Orviedo. Era él uno de los propietarios del terreno comprado para esta Obra, un antiguo jardín plantado de hermosos árboles que lindaba con el parque de Neuilly y que bordeaba el boulevard Bineau. Habíale gustado por su manera de tratar los negocios, y quiso volver á verlo, á consecuencia de ciertas dificultades con sus contratistas. El mismo se había interesado en los trabajos, seducido, encantado por el plano grandioso que ella imponía al arquitecto: dos alas monumentales, la una para los niños, la otra para las niñas, ambas unidas por un cuerpo, conteniendo la capilla, la comunidad, la administración, todos los servicios, y cada una con su patio, sus talleres y sus dependencias de todas clases. Pero lo que lo entusiasmaba sobre todo, en su propio gusto de lo grande y de lo fastuoso, era el lujo desplegado, la construcción enorme y hecha de materiales á propósito para desafiar los siglos, los mármoles prodigados, una cocina revestida de magníficos azulejos, donde se hubiera podido cocer un buey, gigantescos refectorios con ricos artesonados de roble, dormitorios inundados de luz, alegres con pinturas claras, una lencería, una sala de baño y una enfermería, insta-

ladas con excesivo refinamiento; y, por todas partes amplias salidas, escaleras, corredores ventilados en verano, abrigados en invierno, y todo el edificio bañado en sol, respirando la alegría de la juventud y el bienestar de las grandes fortunas. Cuando el arquitecto, inquieto, encontrando inútil toda aquella magnificencia, hablaba de los gastos, la princesa le cerraba la boca con una palabra: ella había tenido el lujo y quería dárselo á los pobres, para que lo gozasen á su vez ellos que son el lujo de los ricos. Su idea fija era el sueño de hartar á los miserables, hacerles dormir en camas, sentarlos á la mesa de los dichosos de este mundo, no la limosna de un pedazo de pan, de un auxilio de ocasión, sino la vida desahogada en palacios donde estarían en su casa, tomando su desquite, disfrutando los placeres de los triunfadores. Pero en aquel derroche, en medio de los enormes gastos, era abominablemente robada: vivían á su costa una nube de contratistas, sin contar las pérdidas debidas á la mala vigilancia; se dilapidaba la fortuna de los pobres. Saccard fué quien le abrió los ojos, rogándole que le dejase poner las cuentas en claro, con un desinterés absoluto, por el sólo placer de dirigir aquella loca danza de millones que le entusiasmaba. Jamás se había mostrado tan escrupulosamente honrado, y en aquel asunto complicado y colosal fué el más activo, el más probo de los colaboradores, gastando su tiempo y hasta su dinero, recompensado simplemente con la ale-

gría de los millones que pasaban por entre sus manos. Apenas conocían más que á él en la Obra del Trabajo, adonde jamás iba la princesa, de la misma manera que tampoco visitaba sus otras fundaciones, escondida en el fondo de sus tres pequeñas habitaciones, como la buena diosa invisible; y él, adorado, era bendecido y objeto de la gratitud que ella parecía no querer.

Sin duda, Saccard alimentaba desde aquella época un vago proyecto, que de pronto, cuando se instaló en el hotel de Orviedo como inquilino, se precisó como un agudo deseo. ¿Por qué no se había de consagrar por completo á la administración de las buenas obras de la princesa? En el momento de duda en que se encontraba, vencido por la especulación, no sabiendo cómo rehacer su fortuna, se le aparecía como una nueva encarnación, una brusca ascensión de apoteosis, el convertirse en el dispensador de aquella regia caridad y canalizar aquel río de oro que corría por París. Con doscientos millones que quedaban, ¿qué obras se podían crear todavía, qué ciudad del milagro se podría hacer brotar del suelo! Sin contar con que él haría fructificar aquellos millones, los doblaría, los triplicaría, sabría emplearlos tan bien que sacaría de ellos un mundo. Entonces, apasionándose, no vivió más que para este embriagador pensamiento, repartirlos en limosnas sin fin, anegar con ellos la Francia dichosa; y se enternecía, prometíase ser de una perfecta probidad, ni un

suelo se le quedaría entre las manos. Aquello fué en su cerebro de visionario un idilio gigantesco, el idilio de un inconsciente, al que no se mezclaba ningún deseo de volver á sus antiguos brigandajes financieros. Tanto más cuanto que al fin veía en ello el sueño de toda su vida, la conquista de París. Ser el rey de la caridad, el dios adorado por la muchedumbre de los pobres, llegar á ser único y popular, ocupar de sí á todo el mundo; esto sobrepujaba su ambición. ¡Qué prodigios no realizaría si empleaba en ser bueno sus facultades de hombre de negocios, su astucia, su obstinación, su falta completa de preocupaciones! Tendría la irresistible fuerza que gana las batallas, el dinero, el dinero á manos llenas, el dinero que á menudo hace tanto mal y que haría tanto bien, el día en que el orgullo y el placer, consistieran en darlo.

Después, agrandando todavía su proyecto, llegó Saccard á preguntarse por qué no se casaría con la princesa de Orviedo. Esto fijaría las posiciones, impediría las interpretaciones maliciosas. Durante un mes maniobró diestramente, expuso planes soberbios, creyó hacerse indispensable; y un día, con voz tranquila, candorosamente, hizo su proposición, desenvolvió su gran proyecto. Era una verdadera asociación lo que ofrecía, presentábase como el liquidador de las sumas robadas por el príncipe, se comprometía á devolverlas á los pobres decuplicadas. La princesa, con su eterno traje negro, con su

fichú de encaje en la cabeza, lo escuchó atentamente, sin que se mostrase la menor emoción en su pálido rostro. Parecíale cosas dignas de ser pensadas las ventajas que podía tener una asociación de este género, indiferente, por otra parte, á las demás consideraciones. Aplazó su respuesta para el día siguiente, y acabó por rehusar: sin duda había reflexionado que en adelante no sería la única dueña de sus limosnas, y quería disponer en ellas como soberana absoluta, hasta locamente. Pero dijo que sería para ella una dicha el conservarlo como consejero; y mostró en cuánto estimaba su preciosa colaboración, rogándole que continuara ocupándose en la Obra del Trabajo, de la que era el verdadero director.

Por espacio de una semana, sintió Saccard un violento disgusto, así como por la pérdida de una idea querida; no porque se sintiese caer otra vez en el golfo del brigandaje, sino porque de la misma manera que una novela sentimental llena de lágrimas los ojos de los borrachos más abyectos, aquel colosal idilio del bien hecho á fuerza de millones había enternecido su vieja alma de corsario. Caía una vez más y desde muy alto; parecíale encontrarse destronado. Había deseado siempre el dinero, al mismo tiempo que para satisfacer sus apetitos, para gozar de la magnificencia de una vida de príncipe, y jamás la había tenido bastante elevada. Llenábase de rabia, á medida

que cada una de sus caídas se llevaba una esperanza. Así, cuando se derrumbó su proyecto ante la negativa tranquila y terminante de la princesa, vióse acometido de un furioso deseo de batalla. Luchar, ser el más fuerte en la dura guerra de la especulación, comerse á los otros para que ellos no se lo comieran, era, después de su sed de esplendor y de goces, la gran causa, la única causa de su pasión por los negocios. Si no atesoraba, sentía la otra alegría, la lucha de las grandes cifras, las fortunas lanzadas como cuerpos de ejército, el chocar de los millones contrarios, con las derrotas y los triunfos que lo embriagaban. Inmediatamente reapareció su odio á Gundermann, su desenfrenada necesidad de desquite: echar por tierra á Gundermann, este era su deseo quimérico dominante, siempre que se encontraba caído, vencido. Pero si comprendía la puerilidad de una tentativa como esta, al menos podría acometerla, hacerse sitio enfrente de él, obligarle á un reparto, como esos monarcas de países vecinos y de igual poder que se tratan de primos. Entonces fué cuando la Bolsa le atrajo de nuevo, con la cabeza llena de veinte proyectos confusos de negocios que emprender, solicitado en todos sentidos por planes contrarios, con una fiebre tal que no supo qué decidir hasta el día en que una idea suprema, desmesurada, se desprendió de las demás, y poco á poco se apoderó de él por completo.

Desde que habitaba el hotel Orviedo, Saccard

veía algunas veces á la hermana del ingeniero Hamelin, que habitaba el pequeño departamento del segundo piso, una mujer de un cuerpo admirable, Carolina, como se la llamaba familiarmente. Sobre todo lo que le había chocado en su primer encuentro, era sus soberbios cabellos blancos, una real corona de cabellos blancos, de un efecto singular, sobre aquella frente de mujer todavía joven, de treinta y seis años apenas. Desde los veinticinco estaba de aquel modo. Sus cejas negras y muy pobladas, conservaban una juventud, una extraña viveza, á su rostro encuadrado en armiño. Nunca había sido linda, con su barba y su nariz muy pronunciadas y su boca grande cuyos gruesos labios expresaban una exquisita bondad. Pero ciertamente aquel vellón blanco, aquel blancor de finos cabellos de seda, dulcificaba su fisonomía algo dura, y le daba un encanto sonriente de abuela con una frescura y una fuerza de bella enamorada. Era alta, sólida, de un andar franco de mucha nobleza.

Siempre que la encontraba Saccard, más bajo que ella, la seguía con los ojos, lleno de interés, deseando sordamente aquel hermoso busto, aquel sano escote. Y poco á poco, por los criados, conoció toda la historia de los Hamelin. Carolina y Jorge eran hijos de un médico de Montpellier, sabio notable, católico exaltado, que había muerto sin fortuna. Cuando quedaron huérfanos, la joven tenía dieciocho años, y el joven dieci-

nueve; y como éste acababa de entrar en la escuela politécnica, siguióle aquella á París donde se colocó de institutriz. Ella fué quien ponía en los bolsillos de su hermano algunas piezas de cien sueldos, durante los dos años de estudios; más tarde, cuando, salido con un mal número, tuvo que emprender la lucha de la vida, ella fué quien lo sostuvo mientras encontraba una colocación. Aquellos dos jóvenes se adoraban y alimentaban el sueño de no separarse nunca. Sin embargo, se presentó un inesperado matrimonio, habiendo conquistado la gracia y la inteligencia de la joven á un cervecero millonario en cuya casa estaba colocada, y Jorge quiso que aceptase; de lo que se arrepintió cruelmente, porque al cabo de algunos años, vióse obligada Carolina á exigir una separación para no ser víctima de su marido, que bebía y la perseguía con un cuchillo, acometido de crisis de estúpidos celos. Tenía entonces veintiséis años, y se encontraba pobre por haberse obstinado en no reclamar ninguna pensión del hombre á quien abandonaba. Pero su hermano, después de muchas tentativas inútiles, había conseguido al fin una ocupación que le agradaba: iba á partir para Egipto con la Comisión encargada de los primeros estudios del canal de Suez; y se llevó á su hermana, que se instaló valerosamente en Alejandría, comenzando de nuevo á dar lecciones mientras que él recorría el país. Permanecieron en Egipto hasta 1859, y vieron dar los primeros gol-

pes de azadón en la playa de Port-Said á una pequeña cuadrilla de ciento cincuenta trabajadores escasos, perdida en medio de las arenas, dirigida por un puñado de ingenieros. Después, Hamelin, enviado á Siria para asegurar los aprovisionamientos, se quedó allá á consecuencia de un disgusto con sus jefes; llamó á Carolina á Beirut, donde la esperaban otras lecciones, y él se metió en un gran negocio patrocinado por una compañía francesa, el trazado de una carretera de Beirut á Damasco, la primera, la única vía abierta á través de las gargantas del Líbano; y todavía vivieron allí tres años, hasta la terminación de la carretera, él visitando las montañas, ausentándose dos meses en un viaje á Constantinopla á través del Taurus, ella siguiéndole así que podía escapar, compartiendo los proyectos que él hacía para despertar aquella vieja tierra dormida bajo las cenizas de civilizaciones muertas. Jorge había formado una gran carpeta repleta de ideas y planos, y sentía la imperiosa necesidad de volver á Francia, si quería dar cuerpo á aquel vasto conjunto de empresas, formar sociedades, reunir capitales. Y, después de nueve años de residencia en Oriente, partieron y tuvieron la curiosidad de volver á pasar por Egipto, donde les entusiasmaron los trabajos del canal de Suez: en cuatro años había surgido una ciudad en las arenas de la playa de Port-Said, agitábase allí todo un pueblo, habíanse multiplicado las hormigas humanas y cambia-